

Una vuelta por la ciudad

La plaza de la Villa.— Esta plaza (hoy de España) es la típica de todos los pueblos y ciudades. Como en todas ellas, reside en uno de sus laterales la casa de la Ciudad, tiene sus soportales, no de muy estilizadas líneas y en mezcolanza de tipos, pero que le dan cierto aire señorial antiguo un poco borroso, si se quiere, y que contrasta ostensiblemente con el moderno edificio de la Plaza Mercado y el nuevo Palacio Municipal.

En su centro existe una poco agraciada fuente a la cual debieron acudir con sus jarras y botijos nuestras abuelas, pero que el desuso y la incuria han cubierto de una enmohecida pátina, y solamente continúa allí erguida como testimonio de sus anteriores servicios y como eje alrededor del cual se arremolinan en los días de mercado las cestas de frutas, las aves de corral y las paradas ambulantes de los vendedores domingueros.

En los días ordinarios conserva esta plaza una relativa placidez, truncada solamente de vez en cuando por el motor de algún automóvil. Ha dejado de ser el centro vital de la ciudad; la industrialización, el desarrollo comercial se ha desplazado hacia otros puntos más concurridos y ahora esas antiguas Plazas de la Villa constituyen una pieza urbanística de museo. El mismo Palacio Municipal, origen de su antigua importancia, ha empezado a darle la espalda ofreciendo su subfachada al Paseo del Mar, como anticipo de un futuro desentendimiento. Es la fatal ley evolutiva que rige para todos los seres, orgánicos e inorgánicos nacer, crecer, decaer y morir. Nuestra Plaza de la Villa hace tiempo entró en el tercer capítulo y (salvo imprescindibles modificaciones) su probable misión en el porvenir será testimoniar su importancia pretérita a las nuevas generaciones.

Respetémosla como a tal y no la releguemos a un total olvido, deslumbrados por la magnificencia de otras vías más modernizadas pero carentes de su noble historial.

La calle Mayor.— En el trazado de calles de toda población siempre hay una que ejerce la soberanía.

Como en toda agrupación viviente — y una calle tiene su vida propia, como cualquier otro organismo — hay una que desde los inicios del núcleo urbano se le dió una prioridad sobre el conjunto, y fué en ella donde siempre desfilaron preferentemente las manifestaciones populares que la tradición conservó, y que perduran, dándole realce proeminente.

Tal vez, y seguramente, otras calles de menor amplitud y de inferior abolengo le han aventajado con el tiempo por haberse afincado en ellas establecimientos de atractivo comercial o centros cuya actividad ha acrecentado su movimiento de circulación y tránsito. Esto no obstante, la calle Mayor no ha perdido jamás su rango porque además de continuar siendo el paso obligado de las ceremonias oficiales, cívicas y religiosas, no ha querido tampoco quedar a la zaga en remozamientos y levantamiento de nuevos edificios. Por poco que se lo haya propuesto, con un poco de ímpetu ha recuperado siempre su preponderancia si alguna vez ésta ha parecido traspasarse a favor de sus hermanas menores.

Precisamente ahora mismo vive uno de esos momentos de recuperación y a lo que se ve, diríase estar dispuesta a no dejarse achicar por la brillantez de otras calles céntricas de menor volumen. Como las genealogías de nobleza auténtica, difícilmente perderá esta calle su mayorazgo por poco que sus moradores se empeñen.

Es de esperar que así sea para no desbaratar la jerarquía urbanística que ha regulado y dado tono hasta ahora al centro de la ciudad.

La calle de la Rutila.— He aquí una calle antigua que está dispuesta a llevar la delantera en cuanto a reformas y apertura de nuevos y lujosos comercios. Su trazado es irregular y de poca capacidad circulatoria pero por estar prácticamente situada en uno de los puntos más céntricos de la ciudad disfruta de una afluencia personal extraordinaria. Especialmente en verano. En esta temporada se convierte en la principal arteria de peatones. Es el camino casi obligado